HOJAS DE BAMBU

Efrén Rebolledo



Hojas de Bambú

MÉXICO
Cía. Editora Nacional, S. A.
1910

A BARTOLOME CARBAJAL Y ROSAS

En testimonio de que guardo como una rara medalla la memoria de nuestra sólida y vieja amistad de oro.

E. R.

San Francisco California, Septiembre de 1910

I

Recodado en el antepecho de cubierta, Abel Morán hunde la vista en la estepa de zafiro, cuyo añil profundo contrasta con el azogue del cielo nuboso, y volviendo atrás el pensamiento, torna á sentir, con la intensidad de la vida, las frescas, vibrantes y deleitosas emociones que lo conmovieran durante las últimas semanas.

Caballero en el corcel de la fantasía, que salva días y leguas por arte milagrosa, vióse en el Salón de Actos de la Escuela de Jurisprudencia, contestando con despejo las preguntas decididamente benévolas de los sinodales; esperando con fingido temor, en medio del círculo de sus íntimos, el fallo del jurado, que apenas si deliberaron allende la puerta cerrada; entrando de nuevo en el salón, cuando sonó el tintineo de la campanilla, á oir la sentencia de los jueces, todos ellos sus profesores de alguna materia en el transcurso de sus seis años de estudios, y circulando entre los brazos de sus compañeros, al rededor de una centena, que lo felicitaban calurosamente, después de prorrumpir en unánime aplauso.

Luego dirigióse á su casa, donde el primer abrazo, el de su padre, que le hablaba con voz ardiente de afecto, ahogada por la ola del llanto, apretóle fuerte soga en el cuello, y las muestras de regocijo de su madre y de sus hermanas,

arcángeles de ternura que sinceramente estaban más contentas que él mismo del éxito alcanzado conmovieron su corazón, que rebosaba de sentimiento comunicativo y jubiloso.

Levantado de la mesa, ¡con cuánta precisión lo recuerda! encaminóse apresuradamente á la calle soledosa, alumbrada por el redondo y blanco foco de luz eléctrica, cuyo intermitente chisporroteo tornaba más perceptible el silencio nocturno, y enderezando la cabeza hacia la silueta arrebujada que, para escucharlo, inclinaba el busto fuera de la barandilla del balcón, púsola al cabo de su triunfo, engolfándose en el coloquio dulce y vano de todas las noches, cortado de raro en raro por algún transeúnte cuyos pasos resonaban á lo lejos, y alargado más de lo ordinario por las circunstancias en aquella ocasión, en que pronunció muchos juramentos, obtuvo mil promesas, y, en colaboración con su novia, la linda muchacha en cuyo amoroso pecho, como en cofre de marfil guardaba las magníficas esmeraldas de sus esperanzas, deleitóse, con el descuido con que los niños lanzan al aire pompas de jabón, en arrojar al porvenir ilusiones iridescentes, que los cautivaban con sus hechiceréscas perspectivas y cristalinos horizontes.

Al día siguiente fué llamado al escritorio, en donde, después de breve charla regocijada en los rechonchos sillones de cuero, gozando de la luz de sol que se abalanzaba por la ventana abierta de par en par, maqueando la estantería de caoba é iluminando un mapa de México, su padre abrió una gaveta de la mesa, y sacando una faja de papel, tendiósela con gesto cariñoso.

—Tu regalo de examen profesional, díjole; un

pequeño premio de tu padre por tus vigilias de estudiante. Es un cheque por quinientas libras esterlinas, del que puedes disponer á tu antojo, en un viaje, por ejemplo, que te sirva simultáneamente de recreo, de reposo y de enseñanza, y del que volverás, no lo dudo, lleno de ardor por tu carrera; á abrir tu bufete en los bajos de la casa; á litigar; á pronunciar elocuentes discursos ante el jurado; á estudiar con el tesón que te es propio en ese libro por demás arduo que se llama la Vida.

Poseedor de aquel documento, que hasta entonces sólo conocía teóricamente por sus estudios de Código de Comercio, que cursara con Pallares, y del que podía disponer á su guisa, gracias á la generosidad de su padre, no tardó en tomar una resolución á su viaje atañedera.

El Japón, ese extraño país, cuyo sólo nombre enciende luces deslumbradoras en las imaginaciones de los viajeros y en los entendimientos de los artistas, después de la guerra ruso-japonesa, en la que, el erróneo conocimiento de los hechos augurara la inevitable catástrofe de la bandera del disco rojo, pasada la trágica prueba, había surgido más prestigiado, más brillante, produciendo la admiración de todo el orbe, que contempló estupefacto aquel orto apoteósico de púrpura heroica y de oro guerrero.

Con más afición á las obras literarias que á los textos jurídicos, Abel Morán, además, había leído el Libro de las Maravillas, en que Maese Marco Polo habló por primera vez del distante Cipango, aguijoneando, con sus vívidas descripciones, la aplicación de los sabios á la par que la codicia de los conquistadores, y produciendo, esta es

la verdad, el descubrimiento del Nuevo Mundo; los estudios sobre el Arte Japonés de Edmundo de Goncourt y de Gonse, que promovieron la boga de las japonerías; las novelas de Loti, que, con el señuelo de su prosa, atrajo al imperio del Sol Naciente, tropeles de trotamundos en busca de jardines de miniatura y de Señoras Crisantemas; las Historias Japonesas, cada una de cuyas líneas es una joya de literatura del magnífico Lafeadio Hearn que, con su arte espléndido y profundo, supo encontrar un alma en esas breves criaturas en las que el rebaño de escritores superficiales no ve sino pergeñadas muñecas, y soñador empernido, idólatra de la novedad y un sí es no es aventurero, por las gotas de sangre española que corrían por sus venas, púrpura hirviente de Pedro de Alvarado y de Hernando Cortés, en vez de soñar con los sobados hechizos de la vieja Europa, donde se dirigen en migratoria parvada, sedienta de placer la turba de sus compatriotas, Abel Morán ansió conocer la bola terrena á contrapelo, é ir á mirar con sus propios ojos las jaulas de grillos y los pinos enanos, las casas de papel y las **gueshas** de abigarrados **kimonos** y tenebrosas cocas de pelo, los templos de laca roja, la cumbre esbelta del Fujiyama y la naturaleza nipona, compuesta de cielo azul y de árboles retortijados.

Una gaviota, en sus giros caprichosos, extendió la órbita de su vuelo hasta la arboladura del Coptic, yendo á perderse con la rapidez de una saeta en los surcos de zafiro.

Abel Morán, reanudando la hebra de sus lembranzas, miróse luego en el andén de la estación de la Colonia, pronto á requerir el Pullman, re-

cibiendo el adiós de sus amigos, dos de los cuales se destacaban en su memoria con singular relieve: el uno, bajito, delgado, hombricaído, de ojos grandes y tristes; el otro, recio, de perfil byroniano, que, en el momento de la partida, casi lo ahogara con sus brazos atléticos y sus cariñosas manazas.

En el espacioso carro, que se trocaba por la noche en tranquilo dormitorio apenumbrado por verdes cortinas, y durante el día en salón de caoba, con sofáes de terciopelo que no lograban limpiar de la capa de polvo que los cubría la terca solicitud de los criados negros, cruzó llanuras grandes como mares y estériles como páramos, acribilladas de trecho en trecho por madrigueras de perros enanos, que se incorporan á atisbar el tren al borde de sus guaridas.

Llegado á San Francisco California, donde apenas si se detuvo en espera de la salida del "Coptic," un vapor cualquier cosa de la "Occidental and Oriental Steamship Company," traspuso las mil colinas de la ondulante ciudad, cuyas pilas de escombros, ignaras de belleza, tornaba más groseras el sol jocundo que chorreaba raudales de oro en el cielo transparente, y se imaginó cuán poco interesarían á la posteridad, caso de perdurar en estado de favilas, aquellas armazones de hierro, aquellos muros parecidos á parrillas por el sinnúmero de sus ventanas.

Ocho días más tarde en Honolulú, la isla engarzada en un mar de aguas esmeraldinas, percibió por primera vez á los japoneses en que pulula el archipiélago; los soleados y coquetos **cottages** medio escondidos entre esbeltas columnatas de palmas; el parque Kapiolani, de susu-

rrantes frondas de pinos, con su maravilloso acuario, en cuyas vitrinas chispean minúsculos peces de todos colores, agitándose como animadas y enormes piedras preciosas, y las floristas de recios bustos y broncínea tez, que venden en el muelle sus hilos de claveles, de gardenias, de rosas, con que los viajeros se engalanan á guisa de toquillas, de boas y de collares aromáticos.

Un americano que trabara relaciones con Abel Morán, en la manera desenfadada y familiar que es la regla de á bordo, vino á espantar el tropel de sus imaginaciones.

—Mañana llegamos á Yokohama, y á renglón seguido, ambos pusiéronse á conversar de cosas banales.

Momentos más tarde, la turba de los pasajeros que se encontraban recostados en sus sillas largas de junco, agrupábanse del rumbo de babor á contemplar en éxtasis el espléndido tramonto del sol, que, en el extremo de un cable de oro, desaparecía lentamente, iluminando la hecatombe de las olas ensangrentadas.

II

Llovía,—¿cuándo no llueve en el Imperio del Sol Naciente?—la tarde en que Abel Morán se apeó en la estación de Shimbashi, que hormigueaba de pasajeros de **kimono** y resonaba de uno á otro cabo con el clac, clac ríspido y bronco de las **guetas** (1).

Montado en un ligero **kuruma**, en el cual, por

(1). Calzado.

su ignorancia en requerir aquella clase de vehículos fué acomodado por el **kurumaya** de combo sombrero y corto impermeable de caucho, y desde donde érale imposible parcibir un vislumbre de la calle, literalmente tapiado como estaba en su caja negra, Abel Morán no vió, en beneficio sin duda de su primera impresión de Tokio, ni las casas de techos apizarrados, ni los misteriosos ideogramas de los rótulos de las tiendas, ni los transeúntes de enlutados **haoris** (1) y amarillos paraguas de papel de aceite, sino que fué transportado derechamente al Hotel Imperial, en uno de cuyos cuartos, banal como los cuartos de todos los hoteles, instalóse, un tanto desilusionado de no distinguir nada de japonés, pues hasta el criado, aunque delatando su raza por la oblicuidad de sus ojos, hablaba en inglés y estaba vestido, no de **kimono** como Abel Morán hubiera querido, sino como otro criado cualquiera.

Al día siguiente, empero, un día empapado de sol, encaminóse á la Legación de México á visitar al Mini tro, para quien traía cartas de presentación, echando una ojeada de vez en cuando á las señas escritas en caracteres romanos, y divirtiéndose un tanto del nombre de Mekishiko, con que los japoneses designaban á su tierra.

El Ministro recibiólo en su manífica oploteca, adornada con vitrinas de flechas, decorada con biombos de lanzas y recamada por todos lados de hileras de sables, acogiéndolo cordialmente, aunque asombrándose de ver por aquellas latitudes á uno de sus compatriotas, que apenas si

---

(1). Especie de sobretodo.

salen del terruño; prometiéndole licencias para visitar los palacios de Kioto y el Castillo de Nagoya; ofreciéndole una invitación para la fiesta de los cerezos, próxima á efectuarse, y aconsejándole que en todo consultara ó se pusiera de acuerdo con el Secretario de la Legación, japonófilo hasta los tuétanos y osado merodeador en los abstrusos vericuetos del habla japonesa.

Piloteado, pues, por el Secretario, con quien intimó desde luego por haber estudiado como él en la Escuela de Jurisprudencia, Abel Morán vagabundeó sobre la marcha por el laberinto de la calles de Tokio, con la vaga impresión de que soñaba y ganado poco á poco por una borrachera de rareza, al aspecto de las filas de minúsculas tiendas con sus estrados apenas más altos que el suelo, en los que aparecen los horteras con los ábacos en las manos y sentados sobre los calcañares; de las casas de madera pequeñas y leves como jaulas; de la juguetona y abigarrada chiquillería que, obstando el paso, retoza en el arroyo, los bebés llevados á la espalda por sus hermanos mayores; de las **gueshas** (1) melindrosas que, inmóviles en sus cochecillos, pasan al trote largo de los **kurumayas**; del taller ambulante del componedor de pipas que importuna el oído con su silbo impertinente; de las menudas **musmés** (2) que se antojan jorobadas á causa del obi; de los placenteros transeúntes que al abordarse prodíganse sonrisas y reverencias.

El Hotel Imperial estaba atestado á la sazón de trotamundos de todas partes, yanquis en su

---

(1). Bailarina.
(2). Muchachas.

mayoría, que, en partidas de centenares pastoreados por agentes de Cook, llegaban atraídos por el encanto de la primavera japonesa, y todas las cancillerías estaban atareadas pidiendo invitaciones á la Corte para la fiesta que se verificaría en el parque de Palacio.

La Primavera en el país del Sol Naciente es color de rosa.

Los cerezos, flor popular del Yamato, trasunto de la doncella en plena floración de belleza, al mismo tiempo que del hazañoso guerrero que cae ensangrentando el campo de combate, irradia entonces en su efímera gloria de un mes, formando calzadas en que los hechicerescos árboles de rosicler espesura donde no se asoma el verde de una sola hoja, se antojan gigantescos ramilletes; componiendo boscajes que, á distancia, se asemejan á sonrosadas neblinas; atrayendo á la muchedumbre ataviada con sus **kimonos** de gala á Uyeno, á Mukōjima, á Akabane, á gozar con el paisaje de la florescencia encarnadina.

Presentado á algunos secretarios de embajada y de legación, que habitaban en el propio Hotel Imperial, Abel Morán sentábase á diario á la mesa que todo el mundo llamaba la mesa diplomática, donde su entusiasmo por lo japonés recibió un duchazo de agua fría de parte de aquellos muchachos irónicos, festivos y maleantes, avezados ya, como residentes, á considerar como naturales las cosas que á él le parecían nunca vistas rarezas.

Aunque no era **snob**, Abel Morán sintióse halagado de figurar, aunque fuera de modo pasajero en esta sociedad cosmopolita, donde había un príncipe polaco muy rubio y de monoclo,

que poseía la principesca prenda de la sencillez; dos condes italianos: el uno alto, huesoso, de aquileña nariz y manos sarmentosas, que movía como si barajara, porque era maniático jugador de **bridge**, y el otro buen mozo, de barba acanelada, como el rey Asurbanipal; un chino que se había despojado de la trenza y vestía siempre á la europea; una pareja de brasileños, el uno de perfil napoleónico, que estaba siempre de guasa, y el otro bajito, vivaracho, de monoclo cuando estaba delante de señoras, porque tenía el prurito de enamorar; un holandés rubicundo, que se reía siempre á carcajadas, y un chileno muy gordo, muy regocijado, que era un costal de chanzas y de calambures.

La lengua usada en aquella mesa era el francés, y la conversación, de la que estaba desterrada la política, rodaba invariablemente sobre asuntos picarescos.

Vino al fin la esperada invitación para la Fiesta de los Cerezos: una tarjeta apaisada de buen tamaño, con el dorado blasón, en el tope, de la crisantema de diez y seis pétalos é impresa en ideogramas chinos.

La muchedumbre de **kimono**, curiosa como la que más, aglomeróse el día indicado á ver pasar el tropel de los concurrentes, que, mostrando signos de alborozo desfilaban rumbo al Palacio de Shiba, cuáles en kuruma, cuáles en coche, cuyos **betos** (1) aspaventeros ostentaban los colores de sus amos en las cenefas que ribeteaban los **haoris** y en los sombreros de media naranja.

Cada invitado, al llegar, tendía una contraseña

---

(1). Cocheros.

á los criados palaciegos, y desaparecía parque adentro, hundiéndose en el blando tapiz de las calles recebadas.

En un claro, aislado por un cerco de bambú, el Ministro de Negocios Extranjeros, ayudado por los maestros de ceremonias, recibía á los diplomáticos y encumbrados personajes del Imperio.

Aquel japonés de levita y sombrero alto, de delicada y corta estatura, de ojos llenos de seso y de penetración, es el Conde Kómnra. Esotro con su uniforme de kaki, fornido como un elefante, como aparece descrito en la novela de Namiko, es Oyama. Estotro enjuto de carnes, que á las vegadas atraviesa las calles oprimiendo los lomos del bridón del General Stoessel, es Nogui. El silencioso de más allá, de uniforme azul marino, de barba gris y rala, que mantiene en la espalda cogidas las manos, á quien buscan todos movidos de admiración, es Togo.

Un maestro de ceremonias, entretanto, va y viene con una lista en la mano, pugnando por colocar al Cuerpo Diplomático en orden de estricta precedencia, á la diestra, mientras los japoneses se alínean militarmente del lado de la siniestra. En breve, aparece el Gran Maestro de Ceremonias, marchando á reculones, al mismo tiempo que la Banda Imperial, oculta en el boscaje, preludia la música melancólica y solemne, como salmodia religiosa, del **Kimigayó** (1).

El Emperador.

En medio de la doble fila de testas inclinadas, pasa entonces el Tenno Sama Mutsuhito, luciendo su uniforme de general japonés; la Empera-

---

(1). El himno japonés.

triz Primavera; el Príncipe Heredero y la Princasa Imperial; los Príncipes y las Princesas de la sangre, é incorporándose diplomáticos y funcionarios á la cauda, intérnase el cortejo en el magnífico parque de piedra, de jade y de coral, bajo la nevada de los cerezos que sacudidos por ráfagas propioias de brisa, cubren los tapetes del césped de pétalos color de rosa; percibiendo, á favor de los claros vislumbres del oceáno que realza la belleza del conjunto con el brillo de su inmensidad adamantina; oyendo los acordes lentos y lejanos de la música, que exclama en el dulce acento de sus maderas y en el tono grave de sus latones:

"Que viva el Emperador mil y ocho mil años, hasta que se vistan de musgo las rocas en que se conviertan los granos de arena."

Perdido entre la turba de trotamundos, Abel Morán, entretanto, admiró los encantos del jardín, y como quiera que las japonesas estaban trajeadas á la europea, moda que si va á decir verdad no cuadra á sus hechizos, porque la etiqueta no les permitía en aquella ocasión el ataviarse con sus kimonos maravillosos, enderezó su curiosidad hacia las extranjeras.

Conspicua entre todas, como una reina entre un grupo de esclavas, destacábase una dama de vestido azul de acero; tocada de través con enorme cesto de paja guarnecido de vaporosa pluma negra; con una boa de armiño en torno del gallardo cuello; de doradas palideces; de cejas obscuras que se diría trazadas por un pintor chino, tal eran la simetría y el acabado del dibujo; de barba enérgica, y de altivos, de magnéticos, de irresistibles, de avasalladores ojos de águila, que

producían vértigos de deseos y evocaban alturas vecinas de los cielos.

Envuelto por la mirada sojuzgadora de aquella mujer, Abel Morán sintióse fascinado, esclavizado; las gotas todas de su sangre se estremecieron de miedo, como bandada de pájaros á la vista de un ave de presa; se dió cuenta de que aquella emoción que lo conmovía en los quicios mismos de su sér, demasiado intensa, demasiado profunda para ser suya, venía en ondas incontrastables desde más allá de sus celdillas, desde más allá de su nacimiento, desde el fondo mismo de la eternidad, y tuvo el presentimiento de que, emponzoñado por un amor maldito, habría de sufrir inaplacados huracanes de pasión, insatisfechas sedes de desierto, inendulzables amarguras de océano.

Sobre la punta de los pies, la muchedumbre de circunstantes obtuvo luego un vislumbre de la ceremonia que se efectuaba en el pabellón de bambú tapizado de seda color de rosa, divisando al Emperador, á la Emperatriz y á los Príncipes, la Nashimoto descollando entre todas las princesas, encantadora como una Princesa de un Cuento de Hadas, y aguaitando los saludos de corte de las señoras, las inclinaciones de las testas cortesanas guarnecidas de lentes de oro, las reverencias de las calvas diplomáticas, los movimientos de máquina de los militares.

Luego del ambigú, tornóse á formar la doble calle de testas inclinadas, sin orden de precedencia en esta ocasión, y el Tenno Sama Mutsuhito volvió á pasar con la Familia Imperial á los acordes lentos y solemnes, como de salmodia religiosa, que la música ejecutaba repitiendo en el

dulce acento de sus maderas y en el tono grave de sus latones:

"Que viva el Emperador mil y ocho mil años, hasta que se vistan de musgo las rocas en que se conviertan los granos de arena."

En la apretura de los concurrentes, Abel Morán sintióse invadido por perturbador efluvio, y, volviendo la cara, encontróse frente á frente de los avasalladores ojos de águila, experimentando la emoción, otra vez, de que las gotas todas de su sangre temblaban de miedo, como bandada de pájaros á la vista de un ave de presa.

Entretanto, los pétalos de los cerezos, movidos por ráfagas propicias de brisa, caían como aguacero de pálidos corales; como nevada de copos encarnadinos; como si manos de hadas invisibles arrojaran puñados de **confetti** color de rosa; como si un tropel de olas impalpables depositaran en el suelo su cargamento de conchas iridescentes; como si el crepúsculo espolvoreara sobre la arena el rosicler de su espléndida celajería; como si por milagro de amor se encontraran reunidos todos los rubores y todas las sonrisas de todas las hermosas mujeres realmente vistas en la vida ó sólo columbradas entre sueños.

III

La proposición de ir al Yoshiwara, insinuada aquella noche por Abel Morán en la mesa diplomática, obtuvo una menos que mediana acogida. El chino casto y digno, como estilan mostrarse los hijos del Celeste Imperio, lanzó un monosilábico chillido de disgusto; los condes italianos,

que eran los únicos que se vestían de **smoking** todas las noches para despampanar á la galería, sonrieron casi desdeñosamente; el menudo brasilero no se tomó la molestia de contestar, ocupado como estaba asestando su monoclo á las señoras que había en el comedor, y el holandés lo motejó de cochino, prorrumpiendo en una de sus convencionales carcajadas. El otro brasilero, en cambio, aceptó desde luego la sugestión, lo mismo que el chileno, que derrochaba su chispa rabelaisiana, y estaba seguro de su compatriota, que, como tal, estaba obligado á servirle de piloto. El Príncipe polaco que comía metiendo casi en el plato el ojo del monoclo, estaba vacilante.

Miyamoto, el criado que servía la mesa, iba y venía atareado, ejecutando las diversas órdenes.

—Qué comida sucia, exclamó el brasilero de perfil napoleónico.

El chileno y el Príncipe polaco enzarzáronse en una conversación en voz baja, en la que sonaban nombres de **musmés** y señas de **machiyas** (1); los condes italianos, que estaban contiguos, hablaban en su lengua, el uno galleando su cabeza de rey asirio y el otro ojeando sin cesar hacia una inglesa de cierta edad; el holandés y el mexicano se comunicaban sus impresiones de un paseo á Kamata, donde fueran á ver la floración de las glicíneas en compañía de un círculo de señoritas japonesas que frecuentaban, en tanto que el chino, distrayendo al donjuan brasilero, que le contaba á Abel Morán una de sus ilusorias conquistas, preguntábale, tomándo-

(1). Casas de citas.

lo de la mano, si había sido invitado á una comida.

—¿Qué se ha hecho la americana de la Fiesta de los Cerezos?—inquirió el italiano de nariz aquileña, después de buscarla en balde por todas partes.

—¡Qué mujer!—exclamó el Lauzun del Brasil.

—Pero en el fondo, ¿quién es?—interrogó el italiano de la barba caldea.

—Una americana que viaja sola—respondió el jovial holandés;—ahora debe de estar en Nikko, para donde partió al día siguiente del Garden Party; Miss Flasher, su nombre está en el registro del hotel.

—Estas americanas son extraordinarias—observó el Príncipe polaco.

—Si yo fuera á Nikko—pensó en voz alta el seductor fluminense.

En breve, el paseo al Yoshiwara organizóse, contra los deseos entonces de Abel Morán, cuya curiosidad se extinguiera desde que, en silencio, oyera hablar de la bella americana, y todos encamináronse á la extraña Ciudad de Lujuria, con excepción de los italianos, que se quedaron, el uno conversando con la señora de cierta edad en el salón de lectura, y el otro exhibiendo en el vestíbulo su cabeza de Asurbanipal.

Guiados por un colega belga con quien se toparon á la salida y que asumió la responsabilidad de dirigir la expedición, marcharon hasta Guinza, donde requirieron el tren eléctrico de Asakusa.

—¡Qué viaje!—exclamó alguien al apearse del carro.

—¡Y que haya quien venga al Yoshiwara!—

observó otro, en tanto que recorrían á pie el resto del camino.

—Los viajeros y la turbamulta,—contestó el belga que actuaba de guía;—los japoneses decentes van á ver á las **gueshas** en las **machiyas.** El símbolo de la bienvenida, agregó señalando un sauce que en el arco de la entrada inclina profundamente sus ramas, como haciendo una reverencia japonesa. Es fama que vuelve quien una vez pasa por esta puerta.

En la calle central destácanse, entre la muchedumbre de **kurumas** algunos coches de trotamundos, y á los lados se enfilan las casas de hipócrita aspecto, donde los japoneses citan á sus amigas de kimono.

—A la izquierda—apuntó uno de los expedicionarios.

En la ancha y alumbrada calle de fastuosas casas de hasta cinco pisos, descollaban las **oiranas** (1) en sus estrados de fondos rutilantes de doraduras, detrás de las finas rejas de madera, sentadas en fila sobre los talones delante de sus **hibachis** (2) de laca negra, sobre los que golpeaban intermitentemente sus ligeras pipas de bambú, y vestidas todas de morado, porque á lo que parecía, tal color estaba á la sazón de moda en el Yoshiwara. Por el arroyo circulaban los transeúntes, hombres, mujeres, niños, una turba pacífica de aspecto inocente y placentero, que observaba con curiosidad los bordados y deseceñidos **kimonos**, las caras pálidas que se movían con afectados mohines, las breves bocas teñidas

---

(1). Prostitutas.
(2). Braseros.

con un toque de carmín en el labio inferior, como si no se tratara de infames esclavas de prostíbulo, sino de una exposición de muñecas en los iluminados escaparates de enormes jugueterías. Una, dos, tres, cuatro calles paralelas de este rumbo, y otras tantas del lado opuesto, con angostos callejones aquí y allá, y en todas partes las hileras de seres diminutos, de sesgos y movibles ojillos destacándose en los fondos estofados que decoran inmóviles garzas, rizadas olas, vuelos de cigüeñas. En algunos sitios exhíbense solamente los retratos, que examinan los grupos de curiosos; todas las mujeres de una casa habían tenido la ocurrencia de vestirse de colegialas. Ni una riña, ni un grito empero, ninguna de las vulgares y canallescas manifestaciones de la crápula. Sentados dentro de sus garitas, los proxenetas requieren con discreción á los transeúntes, y de cuando en cuando una fina silueta, sosteniendo el suelto **kimono** se aparta de la fila de sus compañeras para venir al encuentro de un conocido, conversando ambos al través de la reja, como dos novios que están pelando la pava.

—Supongo que después de lo que hemos andado, bien podemos descansar en una de estas casas —insinuó el chileno, jadeante.

Abel Morán se dejó conducir, inconsciente, de igual modo que si vagara en los misteriosos confines de un sueño.

Descalzáronse á la entrada, á cuya derecha resaltaba un pequeño altar, de relucientes ornamentos de azófar.

En el salón, de limpio piso de estera y artísticos adornos de madera tallada, un japonés, puesto de bruces, escribió los nombres supuestos que

le dictaron, contando alguien la travesura de un residente extranjero que había dado como suyo el nombre del arzobispo.

Las **oiranas**, en seguida, fueron apareciendo entre zahareñas y esquivas, arrastrando sus altas **guetas** de fuelle y sosteniendo sus morados kimonos, cuyas fimbrias largas y bordadas se ensanchaban como corolas de lirios enormes. Poco á poco se acercaron al grupo masculino, sentándose en el suelo alrededor de una mesa cuadrada y chaparra. Dos parejas, de las que formaban parte el belga y el brasilero de perfil napoleónico, se retiraron; el otro brasilero que declarara abominar de las japonesas, se levantó también, no obstante, después de obtener un signo de asentimiento de su compañera, á quien deslizó quién sabe qué proposición en el oido. El príncipe polaco se puso displicente, y Abel Morán mostraba barruntos de animarse con su compañera, á quien observaba curiosamente.

—Vaya usted, díjole el holandés; pero rehusó el consejo, no obstante que el tentador, por si tenía miedo, requirió su cartera, tendiéndole una diminuta cubierta.

Los renuentes comenzaron á tomar vasos de cerveza Kirín, tazas de tibio saké y gajos de fruta pinchados con escarbadientes, que les servían con parsimoniosos ademanes, las prostitutas, un tanto despechadas. Hablaron en seguida, á la par que fumaban, del Yoshiwara de antaño, con sus **oiranas** rondando las calles, seguidas de dos pequeñas **musmés**, tal como se las ve en las estampas de Eissán; de que la "Salvation Army" le hacía una guerra sin tregua á aquel barrio, sin embargo pululante; de que los crimi-

nales, pronto ó tarde, iban fatalmente á hundirse en aquel fango, donde la policía estaba segura de echarles mano, y, á la postre, exhausta la plática, percatáronse de las minúsculas personas que tenían á la vera, y abriéndose camino al través del propicio **kimono**, aventuráronse por vedados campos de seda.

Cansados de esperar, no obstante, á uno de los brasileños, optaron por partir, requiriendo, los que pudieron, el asidero de un tren eléctrico atestado de gente.

Zaguero de los que regresaban en **kuruma**, Abel Morán sentíase con el cerebro abrumado, como cuando se despierta de una noche poblada de muchos sueños, y padeciendo una agonía de lástima que le causaba la respiración jadeante del **atoche** (1) que empujaba su vehículo, avanzaba por la calle silenciosa, cruzándose de trecho en trecho con un raro transeúnte nocharniego; viendo los pequeños carretones que, descansando de la cotidiana tarea, dormían lanzas arriba, delante de los tenduchos cerrados; oyendo el agudo silbo del masajista ciego que ronda ofreciendo sus servicios y el grito lejano y querelloso del vendedor de **soba** (2).

Llegados al hotel, el chileno cuarentón, que no estaba muy satisfecho del paseo, exclamó en cómico arranque de sinceridad:

—Y pensar que estamos perdiendo así nuestra juventud.......

---

(1). Kurumaya que, ayudando al de adelante, empuja el kuruma.

(2). Macarrones.

IV

Abel Morán, empero, no había satisfecho su curiosidad de concurrir á una de esas **machiyas** que frecuentan los japoneses decentes, como afirmó el belga cuando fueron al Yoshiwara, y de observar en sus deliquios á uno de esos enigmáticos sères de cuyos abandonos tan sólo tenía barruntos por un libro, no firmado, de estampas de Utamaro, donde aparecen reproducidos, con arte magistral, los frágiles cuerpos que desfallecen, los cuellos que se doblan, los dedos que se crispan, los párpados que se entornan escondiendo las pupilas que se extravían.

En otras circunstancias, sin embargo, no se habría aferrado á aquel pensamiento; pero sin noticias de los suyos, que aplacaran sus nostalgias y desorientado en aquel medio exótico, Abel Morán experimentaba por primera vez las tristezas de la soledad y gustaba los rejalgares del olvido.

Hay veces en que el ánima lacerada ha menester de suaves vendas para restañar el raudal del quebranto y de mágicos anodinos para adormecer sus dolencias, y no siempre encuentra á su alcance los inmaculados linos y los milagrosos nepentes.

¿Qué incendios de pasión no sueña apagar el borracho en las envenenadas ondas de su vino? ¿De qué comas de abatimiento no ve resucitar el jugador galvanizado por su demoníaco estimulante? ¿De qué penas, bosquejos de la muerte, no piensa arrancarse el voluptuoso cuando lo sacude la divina palpitación que es la causa misma de la Vida?

En compañía, pues, del propio belga, del brasilero de perfil napoleónico y del holandés, encaminóse cierta noche al jocundo barrio de Akasaka, centro de las **gueshas** más famosas, y, trasponiendo los tres pequeños montones de sal, puestos á la entrada dizque para conjurar la mala suerte, penetró en la casa del Pino.

La **O Kami San** (1) presentóse á darles la bienvenida en el minúsculo y limpio salón tapizado de frescos **tatamíes** (2), y sentados en sendos cojines alrededor de una mesa tamaña como un taburete, tomaron el amargo líquido presentado por la **nesán** (3). En seguida, los que hablaban japonés, entablaron una negociación interminable con la O Kami San, que, de cuando en cuando, reflexionaba, inclinando hacia un lado la cabeza. Tratábase de que Morán, que iba por primera vez, había de pagar la almohada, requisito que le abría las puertas de la casa y le daba derechos sobre la **guesha** elegida. La **nesán** luego levantóse á telefonear á la casa de Matsumoto, oyéndose, detrás de los **karakamis** (4) un vivo tintineo y una vocecita atiplada que llamaba precipitadamente:

—Moshi, Moshi (5).

Al cabo de un rato, empero, el brasileño juraba, y el holandés, que había cesado de carcajearse, estaba malhumorado de pura impaciencia. El belga, fatalista, afirmaba que tal era la

(1). La patrona.
(2) Esteras.
(3). Criada.
(4). Tabiques corredizos.
(5). Señor, señor.

costumbre y que por algo las casas de aquella índole se llamaban Casas de Espera. La **O Kamí San** y la **nesán** no perdían ni su calma ni su sonrisa, censurando, detrás de su máscara de afabilidad, á aquellos bárbaros que no sabían dominar su cólera y que no se daban cuenta de que, con el propósito de agradarlos, la peinadora aderezaba prolijamente las luctuosas **shimadas** (1), y que luego las coquetas personillas tenían que empolvarse delante del espejo liliputiense, poner un toque de carmín en el labio inferior, para abreviar la ya pequeña boca, sacar del **tansu** (2) de **kirín** (3) adornado con aplicaciones de hierro el sutil **yíbán** (4), el **kimono** de crespón y el coruscante **obí** (5) con que debían ceñirse formando el complicado nudo que, según la moda del día, ha de atravesarles la espalda.

Al cabo penetraron las **gueshas**, corriendo discretamente el ligero **karakamí** ornado con purpurinas hojas de arce, y luego de saludar con profundas postraciones, sentáronse con mucha compostura, tendiendo las manos breves y cuidadas hacia las tazas del indispensable té verde.

En el centro del pequeño cuarto que tenue lámpara mantiene en propicia penumbra, se destaca el **futón** (6) de seda; un Daruma de ojos

---

(1). Tocados.
(2). Cómoda.
(3). Especie de madera.
(4). Kimono interior.
(5). Ceñidor.
(6). Colchón.

muy abiertos está en éxtasis en el **kakemono** (1) que sirve de de gala á la **tokonoma** (2), y un **chamisén** (3) lejano desgrana sus acordes ríspidos y querellosos.

Sólo con la minúscula **guesha**, trajeada con un **kimono** de crespón azul, Abel Morán se siente un poco perplejo y como temeroso de ajar aquel pintado lirio, de estropear los élitros de aquella extraña libélula, de quebrar aquella estatueta de precioso Satsuma.

Fumi, entretanto, lo ve con aire tímido, guiñando sus estirados ojillos y sonriendo inextinguiblemente. Abel Morán, entonces, tuvo la intuición de toda la mansedumbre, de toda la gracia, de toda la ternura que anida en el femenino japonés, y tomando aquella nueva copa, frágil copa de porcelana transparente, apuró con quieta delicia el néctar divino y eterno.

V

A don Justo Sierra:

Cuando me despedí de usted, fué servido de sugerirme que estampara algunas de mis impresiones de viaje, y, obedeciendo á tan benévola sugestión, me complazco en enviar á usted un puñado de hojas de bambú, que, en mis revuelos de golondrina, he arrancado aquí y allá, con mano presurosa de los bosques de cañas esbel-

---

(1). Pintura.
(2). Estrado.
(3). Especie de guitarra.

tas que, manteniéndose siempre erguidas, aunque ceden al impulso del viento, simbolizan un poco la filosofía japonesa.

Escribo en papel de arroz, comenzando el grueso rollo que tengo delante, y cuando mi pluma se fatigue de charlar, cortaré la blanca tira que enrollaré de nuevo, poniéndola en la cubierta angosta y apaisada.

Tokio es una ciudad inmensa, en cuyo perímetro, cubierto de efímeras casas de madera é inmarcesibles jardines, vive una población de dos millones de habitantes. Rasgo que me sorprende es que los japoneses, que siempre se han distinguido como belicosos y cuyos gestos de crueldad espantan en las estampas de Toyokuni, sean, al mismo tiempo, la gente más pacífica, más dócil, más risueña, más cortesana.

Los ideogramas de que están cubiertos los dinteles, bailaron danzas macabras en mis sueños, y en las ferias, en los bazares, en las casas de antigüedades y en las tiendas de cloisonés, y de marfiles, y de lacas y de bordados, sentíme acometido por el deseo de comprarlo todo, y de compartirlo con mi familia, con mis amigos y mis conocidos, ó, cuando menos, de mostrarles mis compras, para que hubieran podido experimentar conmigo la misma impresión de curiosidad, de rareza y de encantamiento.

La capital de Yeyasu, antaño Yedo y hogaño Tokio, no ofrece, sin embargo, muchos recursos al viajero, y, por ende, apresuréme á partir en cuanto hube comido á la japonesa en Koyokwán (1), y visitado los templos de Shiba,

---

(1). Un famoso restaurant.

el Yoshiwara y el Cementerio de los Cuarenta y Siete Ronines, donde, honrando la memoria de la pléyade de leales, deposité mi tarjeta, como es de usanza, y quemé un haz de pebetes de incienso.

Una maravilla de arte es, sin duda, el palacio del Emperador, un lugar muy misterioso, donde sólo van de raro en raro los diplomáticos, y que está cercado por un ancho foso que guarnece del lado de afuera una fila de saúces cabelludos, y del de adentro un talud tapizado de césped, primero, una maciza muralla de viejas y negruzcas piedras después, y en el tope, pinos centenarios y retorcidos, que proyectan su sombra en el tapete de esmeralda y se retratan en el glauco cristal del agua dormida.

Para principiar, me dirigí á Nikko, donde visité los suntuosos templos de púrpura que se recatan entre tupidas espesuras de jade, y, remontando la torrentera de monolitos por donde se precipita el Daiyagawa, subí al lago de Chuzenji, deteniéndome á admirar la bella cascada de Keigón, larga, gruesa y graciosa, como una cabellera de mujer y célebre por la cantidad de dobles suicidas, amantes desventurados, que entran por su puente de cristal en las regiones arcanas del Meido (1).

En seguida fuí á admirar el Palacio de Kioto, paseándome bajo el artesonado de laca negra y de fénices multicolores en la Sala de los Tigres y en la Sala de las Cigüeñas, donde antaño espe-

---

(1). Lugar donde se cree que van los espíritus de los suicidas.

raban los **daimios** (1) vasallos, y penetré en el Salón del Trono, donde se conserva el palanquín de seda blanca, en el que se ocultaba de las miradas de los hombres el Tenno Sama, descendiente del Sol.

Luego pasé á Nara, entre cuyas calzadas de cedros longevos y lampadarios de piedra, vagan mansas manadas de ciervos. Crucé el Mar Interior, de pulida superficie de lago, surcada por tropel de botes de vela y sembrada de millares de islas esmeraldinas, en que, según la leyenda, se transformaron las gotas salobres escurridas de la lanza de Izanagui. Detúveme en Itsukutshima, tan conocida por su airoso **torri** (2) de triples jambas enclavadas en el mar, la isla paradisíaca donde están vedados los prosaicos hechos de nacer y de morir, y solamente los pinos son sepultados cuando se desgajan á fuerza de siglos.

De regreso conocí en Nagoya el medioeval castillo de cinco pisos, de fábrica blanca y arremangado techo de bronce, en cuyo remate dos enormes delfines de oro, posados sobre sus aletas, alzan al cielo sus colas partidas, y torciendo mi rumbo, enderecé mis pasos al Fujiyama, la garbosa cúspide que se destaca en todos los horizontes, la gallarda cumbre que se complacen en reproducir todos los artistas, y con mi largo cayado, que requerí en el pequeño templo, al pie de la amada montaña, precedido por mis **gorikis** (3) y siguiendo la huella de sanda-

---

(1). Señores feudales.
(2). Especie de arco.
(3). Guías.

lias dejadas por los romeros, subí más allá de los árboles, más allá de la yerba, más allá de la ceniza renegrida, más allá de las rocas bravías y más allá de las nubes de blancos vellones, hasta la cima veteada de nieve, donde, aspirando el aire de los cielos, dejé que mis miradas vagaran como gaviotas en las inmensidades del océano y hundí mi frente en las serenidades infinitas.

Hasta aquí, empero, no había recibido sino impresiones de curiosidad por las primorosas chucherías; de interés por las costumbres orientales que, parangonadas con las nuestras, abundan en contrastes; de encanto por la gracia de las **musmés**; de admiración por los templos de laca roja, cuajados de milagros de ebanistería; de arrobo delante de los espectáculos de la naturaleza; todas impresiones terrenas que hirieron más ó menos vivamente mis nervios y cuyas imágenes no me será dable reconstruir, pasado algún tiempo. Pero en la capital de Yoritomo, en la medioeval Kamákura, situada á orillas del mar, fuí presa de los sentimientos más hondos que haya experimentado en el curso de mis peregrinaciones, que me hayan conmovido durante mi vida; emociones estéticas, religiosas, no sé, en todo caso suprahumanas, que nunca me invadieron cuando en mis tiempos de creyente, cuán lejanos, ¡aymé!, acuitado por alguna pena me arrastré sobre mis rodillas delante del cadáver lívido y cosido de heridas que pende del santo leño de infamia, ó á los pies de la Mater Dolorosa cuyo pecho lancinan los puñales.

La tarde rebosaba de luz y estaba oreada por las brisas marinas.

Luego de admirar la bahía de reverberante zafiro, en la que, produciendo chispas, rebotaban las saetas del sol, y de cruzar la famosa península de Enoshima, donde el mar parece haber depositado todas sus conchas color de rosa, encaminéme al templo de la Diosa Kwanón, un sencillo templo techado de paja y encaramado en la colina, en el tope de una escalinata de piedra.

Nada, al penetrar, atrajo mi atención. Un bonzo acuclillado delante de una mesa, trocaba estampas por limosnas, y en el desmantelado altar no percibí la imagen en cuya busca había venido. Seguí maquinalmente al bonzo, que me hizo señas para que lo siguiera, y me encontré en la morada de la misma noche.

Y me bañó una onda extraterrestre de consuelo, cuando mi alma hubo comprendido el hermoso símbolo.

En el antro inundado de tinieblas, en medio de aquella obscuridad de limbo, en las propias entrañas de aquella sombra de ébano, dibujóse un prístino rayo de luz, que se tornó en una fimbria de oro, que creció hasta convertirse en una estatua gigantesca y rutilante, de sonrisa divina y, sin embargo, femenil; en nuestra Señora de las Misericordias, contra cuya bondad peca el que implora más de una vez; en la Diosa que, doliéndose de los males de Humanidad, descendió de la mansión de la eterna luz á padecer por milenios de milenios en el mundo de la inacabable noche.

Afuera, el crepúsculo comenzaba á difundir en los cielos sus tonos de amatista.

El mar gemía.

Al través de tupida espesura de árboles, percibí el primer vislumbre del colosal Amida de bronce, que se muestra al aire libre, porque el templo que lo cubría fué barrido por una ola colérica del océano, ávido de dirigirle sus plegarias.

Poco á poco divisé la sedente forma; poco á poco columbré la inclinada cabeza; poco á poco distinguí los pliegues de la amplia túnica; poco á poco observé los brazos sueltos y las manos juntas; poco á poco bebí la inefable sonrisa de miel y me abismé en los entornados ojos de oro.

Un tenue efluvio místico, una callada ola de misterio irradió de la imponente masa negra; un sentimiento de infinita dulzura que se difundió en las reconditeces de mi espíritu como en los mudos ámbitos del aire el satinado roce de un sonido; una impresión de inmenso alivio, que inundó mi alma, abrumada de cansancio y de miserias delante de aquel trasunto de calma eterna y de serenidad divina.

VI

Después de una jira que emprendió por los sitios más celebrados, admirando portentos de naturaleza y milagros de arte, Abel Morán retornó á Tokio, donde encontró una pila de cartas y rollos de periódicos.

Subió, jubiloso, las gradas de la escalera, rumbo á su cuarto, situado en el cuarto piso, y sentándose cabe una de las dos ventanas por donde entraba á raudales la luz, repasó con la vista los sobrescritos.

Cartas de sus padres, de sus hermanas, de su novia, de sus amigos.

La lectura de los blancos pliegos humedecíale los ojos y difundía en su pecho un calor de cariño, que no había experimentado hacía mucho tiempo; los zureos de aquellas mensajeras palomas que palpitaban en sus manos, parecíanle acordes de divinas músicas. Su familia instábale que volviera, su novia amenazábalo con enojarse y decíale ingenuamente que la había olvidado por las japonesas, en tanto que sus amigos halagaban su vanidad, envidiándolo afectuosamente por su viaje y dirigíanle mil preguntas tocantes á japonerías.

Se puso triste.

La melancolía de la ciudad, cuyo negro panorama de tejados podía distinguir desde su asiento, vertió acerbas gotas de acíbar en sus nostalgias.

Luego abrió los rollos de periódicos, lleno de añoranzas por el terruño distante.

Telegramas rezagados, crímenes y más crímenes. ¿Era, acaso, el suyo un país de delincuentes, ó así aparecía por obra de la prensa? Noticias banales; artículos copiados; bombásticas ponderaciones de grandezas, efecto de la falta de comparación, del permanecer encastillados en su solar, de vivir, al decir del proverbio japonés, como ranas en el pozo. Es cierto que la nao con que parangonaba á la patria bogaba en aguas bonancibles, gracias á la experiencia aparejada de prestigio del viejo y bizarro capitán; pero éste podía faltar algún día, el cielo encapotarse, el viento formar montañas y abismos en las aguas tranquilas, y la tripulación

era tan bisoña, tan inmensamente abrumador el lastre de la raza apática!

Transportado por su imaginación, que salvó días y leguas por arte de milagro, volvióse á ver en la calle soledosa, en dulce coloquio con su novia, complaciéndose ambos, con el descuido con que los niños arrojan al aire pompas de jabón, en lanzar al porvenir ilusiones iridescentes que los cautivaban con sus hechicerescas perspectivas y cristalinos horizontes.

Miróse en Plateros, la suntuosa avenida anegada de luz y reluciente de escaparates, como la calle de una ciudad de cristal, y oyóse charlando con sus amigos; saludando á los camaradas que pasaban; contemplando el desfile de las mexicanas de aristocrático semblante velado por el ala del donoso sombrero; mirando la actitud inmóvil de los aurigas, que mantienen la fusta en alto; percibiendo el piafe de los caballos, impacientes de estirar los remos en garboso trote, el zumbo de los autos febricitantes por no mover sus pistones en carrera vertiginosa; viviendo la hora brillante de su México, vislumbrado al través del kaleidoscopio mágico del recuerdo.

Luego recordó el gesto cariñoso de su padre tendiéndole el cheque y diciéndole que podía disponer de él á su guisa, en un viaje, por ejemplo, que le sirviera simultáneamente de recreo, de reposo y de enseñanza, y del que volvería, según el benévolo juicio paternal, lleno de ardor por su carrera, á abrir su bufete en los bajos de la casa, á litigar, á pronunciar elocuentes discursos ante el jurado, á estudiar con tesón en ese libro por demás arduo que se llama la Vida.

Una oleada de energía hizo entonces vibrar sus nervios, y comenzó á forjar propósitos que habría de poner en práctica á su llegada, casándose con su novia, que había elegido durante su vida de estudiante; dedicándose con ahinco á su profesión; fomentando el sentimiento de consagrar todos sus arrestos en pro de la justicia, como el fiel Don Quijote en pro de Dulcinea, y se prometió trabajar con tozudez durante algún tiempo para emprender un segundo viaje, más sesudo, en esta vez á Europa, con el plan de adquirir ideas nuevas para trasplantarlas en su pequeño campo de lucha, obrando como los japoneses, que, movidos por tanto patriotismo como celo, van á avezarse en los negocios á los Estados Unidos, á nutrirse de ciencia á Europa, y maduró el proyecto de persuadir á sus amigos, á sus conocidos, á todo el mundo, con el fin de que siguieran por el mismo carril para poder comparar y aprender, y adaptar y progresar de verdad, saliendo del solar en que estaban encastillados y no viviendo ni un día más, según reza el proverbio nipón, como ranas en el pozo.

Llamó al criado pidiéndole el "Japan Times," para informarse de la salida de los vapores, y decidióse por el primero que zarpaba para Seattle de allí á una semana, sin reparar ni un momento en los quince días de monótono viaje.

En seguida procedió al aderezamiento de sus maletas, á comprar los recuerdos para los amigos, á empacar las chucherías que adquiriera en sus peregrinaciones, no con ánimo de coleccionador, sino simplemente con la idea de que le

sirvieran de signos en el horizonte de sus recuerdos: un puñado de **netskés** (1), varios **inros** (2), uno que otro **kakemono**, algunas lacas, un Buda de bronce, una **musmé** de marfil, y en achaque de estampas, una mujer de Utamaro, un paisaje de Hiroshigué, un Fuji de Hokusai.

—Dichoso, le dijeron los comensales de la mesa diplomática, no sabía si con sinceridad, al verlo ocupado en los preparativos de su partida.

El chileno cuarentón quejóse otra vez de estar perdiendo en Tokio su juventud; el holandés carcajeábase con más ímpetu, porque también estaba en vísperas de viaje, y el brasilero tenorio vociferaba contra su jefe, que había partido hacía tres años con licencia.

—Dentro de tres días el baile en la Embajada alemana, apuntó uno de los italianos.

—Toma, la americana, prorrumpió al verla entrar en el comedor el príncipe polaco.

Un secretario de la Embajada de los Estados Unidos, que, á la sazón, estaba en la mesa, explicó que era una neoyorkina **very well to do** que había traído cartas de recomendación para la embajadora, y el Lauzun del Brasil pidió sobre la marcha ser presentado.

Abel Morán, por su parte, rehusó la presentación, cuando el grupo de diplomáticos, al levantarse, se acercó á la atrayente americana.

En el bello salón de la Embajada alemana, á uno de cuyos muros sirve de ornamento un óleo del Kaiser, de imperioso y atusado bigote,

(1) Botón esculpido, de madera ó marfil.
(2) Cajas de medicinas.

la luz se quiebra en los prismas de las lámparas, fulgura en las gemas de las joyas, riela en los crujientes vestidos, acaricia los osados escotes, y la Banda Imperial, en el coro, ritma los compases de un vals lánguido y voluptuoso.

Abel Morán, que había sido invitado, después de una serie de actos de etiqueta sugeridos por el Ministro y el Secretario, encontrábase de pie al lado del brasilero de perfil napoleónico, que no bailaba, sintiéndose fascinado por el cauce de notas y de pláticas, de juventud y de lujo, de luces y de sedas.

—¿Se baila mucho en Tokio? le preguntó.

—Sin cesar, fué la respuesta.

—Pero, ¿las japonesas bailan también valses? No lo hubiera creído.

—¡Oh, les encanta!

Y Abel Morán veía pasar las esbeltas **oyosan** (1) con sus ligeros **kimonos** de crespón y sus espléndidos **obis** de brocado; con sus vaporosas mangas que casi tocaban el suelo; siguiendo la música con pasos muy menuditos, sin sandalias, lo que constituía una enorme responsabilidad para sus compañeros, temerosos de triturar en una vuelta, ejecutada con torpeza, aquellas miniaturas de piececitos. Veía pasar á las europeas, escotadas, de formas que se adivinaban al través de los vestidos ajustados, cuyas caudas ondulaban con suaves coruscamientos, destacándose entre todas por su belleza, por su cuerpo, por su maestría en bailar, Miss Flasher, trajeada de blanco, con el regio turbante de oro de su pelo rubio, antojándosele

(1) Señoritas.

una perfumada magnolia, figurándosele una envenenada Flor del Mal. Pasaba y volvía á pasar la ronda de parejas, asidas con la una mano, la otra ceñida al talle de satín ó apoyada en la manga del frac negro, los pies deslizándose sobre las puntas, sin apartarse nunca del suelo y moviéndose con perfecta armonía, como si los pies de las damas fueran las sombras reducidas de los pies de sus caballeros, los ojos perdidos en quién sabe qué sueños no expresados, los labios próximos al oido, como para decirse cosas muy secretas, embriagados el cuerpo y el espíritu por las impresiones de reflejos, de sonidos, de formas, de colores.

Abel Morán era un bailador, la tentación irresistible, y cuando súbitamente cesaron los acordes de la música, pidió á alguien que lo presentara á Miss Flasher.

Apenas la banda preludió los arpegios del siguiente número, Abel Morán acercóse á su pareja, y tomándola del talle, bogó, en sus brazos, por las ondas de la música.

—La he visto á usted muchas veces antes de ahora, le dijo, con los labios junto á la cabellera que lucía como una tiara deslumbradora.

—¿En dónde?

—En la Fiesta de los Cerezos, en el hotel, y el nombre de usted lo he encontrado en todos los hoteles del Japón.

—Sí, he viajado bastante.

Mecido por la música, perturbado por la carnación lechosa del escote que lo envolvía con perturbadores efluvios de deleite, Abel Morán, inconscientemente del todo, apretó el guante de blanda cabritilla, apoyó su mano con insinua-

ciones de caricia en la gallarda cintura, atrajo el onduloso cuerpo, sintiendo el roce tibio y trastornador del busto elástico, y en mudo deliquio giró, giró con la bella Miss Flasher en alas del vals sobre abismos de delicias, presa de vértigos celestes.

VII

Vuelto hacia el muelle, en donde, como bandadas de gaviotas, cerníanse los pañuelos, Abel Morán, no obstante que no dejaba nada, no obstante que no se arrancaba de nadie, sintió un agudo saetazo de angustia, repercusión quizá de la pena de los demás pasajeros; obra, acaso, del simple hecho de partir, que es por sí sólo engendrador de tristezas; inconsciente sentimiento tal vez de que su adiós á aquella playa de ensueño era un adiós para siempre, y de que desde aquel instante en que el buque desancoraba al desgarrador alarido de la sirena, su viaje á la isla lontana y exótica se esfumaría poco á poco en el borroso horizonte de lo pasado, Paraíso al que no se torna nunca, y que se echa más y más de menos, á medida que se boga rumbo al Puerto de pavura y de arcano. Luego, como por arte de encantamiento, encontróse al lado de Miss Flasher.

—¡Cómo! ¿usted en el "Yamato Marú?" preguntóle con asombro, en tanto que se cubría de nuevo con su gorra de viaje.

—Sí, regreso á Nueva York.

—No creí que volvería á ver á usted después del baile en la Embajada alemana.

—Bailamos un buen vals aquella noche, repuso, alzando los ojos sojuzgadores. Es usted un buen bailador, Mr...... ¿cómo se llama usted?

—Abel Morán.

—Abel Morán, ¿así? interrogóle, pronunciando el nombre con marcado acento sajón.

Nada tenía de pasmoso; era, al contrario, un acaecimiento bastante banal que una americana, después de recorrer el Japón, retornara á los Estados Unidos; y, sin embargo, para Abel Morán, que era arrastrado con fuerza incontrastable hacia aquella mujer, que poseía todos los encantos de la hembra, mostrándolo con irresistible poder en sus provocativos contornos y en sus hipnotizadoras pupilas de aves de presa que, si lo amilanaban, era porque le producían la sensación de hallarse á bordo de espantosos abismos de sensualidad, en las mismas puertas, abiertas de par en par, del pavoroso infierno del Sexo; para Abel Morán que, por paradójico sentimiento, se veía simultáneamente atraído y atemorizado por Miss Flasher, la coincidencia de aquel encuentro no era, en modo alguno, resultado del acaso, sino maquinación de la propia fatalidad, que los había puesto juntos para que se realizara el temido presentimiento de que, emponzando por un amor maldito, habría de sufrir inaplacados huracanes de pasión, insatisfechas sedes de desierto, inendulzables amarguras de océano.

Las circunstancias no podían ser más propicias.

Miss Flasher no conocía sino á Abel Morán, y Abel Morán, por su parte, no había trabado relaciones sino con Miss Flasher; su visita al

mismo tiempo al Japón, los ligaba con lazos de recuerdo, y su presencia en una reunión mundana, creaba entre ambos la simpatía que junta á personas de la misma esfera.

El resto del pasaje componíase de misioneros yanquis, que entretenían sus ocios leyendo la Biblia; de ambiciosos y testarudos nipones que, á pesar de toda clase de trabas, dirigíanse al Dorado Oeste, y de ingleses vagabundos que, salidos desde pequeños de su isla brumosa, se les topa en todas partes: un día en Africa; otro en la India; hoy en China; mañana en el Canadá; un poco en busca de fortuna, un mucho movidos por su naturaleza nómade, y que á la sazón, recluídos en los exiguos límites del buque, manteníanse en el fumadero, alimentando sin tregua sus corvas pipas; vaciando vasos de whisky y soda; contándose sus aventuras, ó ensimismados, con los ojos perdidos en quién sabe qué añorados confines.

Al principio trocáronse sus impresiones de viaje, y agotada que fué la provisión de lembranzas, siguiéronse los paseos sobre cubierta, revelándose poco á poco sus vidas, con esa rápida confianza que es propia de á bordo, y tomándola él solícitamente del brazo, cuando por el brusco vaivén del buque marchaban con los cuerpos en línea oblicua para mantener el equilibrio; después, internándose impensadamente flirt adentro, recodáronse juntos en el guardalado á acechar los cardúmenes de delfines que mostraban sus lomos negros entre el oleaje; á contemplar el vuelo de las gaviotas, tozudas é infatigables, como parvadas de pensamientos; á recrearse con la vista que no cansa

nunca, del venir y desaparecer de las ondas coruscantes.

—No sea usted travieso, díjole cierta noche en que, sentados en sendas sillas largas sobre cubierta, Abel Morán apoderóse de su mano, asaz ensortijada para ser la mano de una soltera.

—Perdóneme usted, suplicóle en respuesta, posando sus labios en el dorso lilial y elevándolos rumbo á la boca de fuego, no logrando sino rozar la satinada mejilla.

—¿Qué está usted haciendo? reprochóle; pero la esquivez no parecía muy sincera, y, envalentonado, acometióla de nuevo, adueñándose esta vez de la copa codiciada, de la que apuró delicia ávida y largamente, mientras Miss Flasher, arrollada por la ola de pasión, dejaba caer hacia atrás la cabeza y escondía con los párpados sus ojos revirados.

—No más, atajóle, interponiendo el brazo cuando pretendió acercarse otra vez hacia el cáliz encarnadino, y en el ademán imperioso, en el habla seca, en la mirada irresistible que después de un instante de deliquio reapareció bajo el duro entrecejo, Abel Morán, que no se reportaba todavía del rapto de placer, se dió cuenta de que era el más débil, y acató con la sumisión de un esclavo la orden de la reina altiva, gustando la impresión de su debilidad como un amargo dejo.

Noche á noche, desde aquella, libó fuego en la purpurina boca; aspiró hashic en los rizos que agobiaban la suave nuca; sintió zarpazos de vértigo asomándose á los ojos enloquecedores, refrescándose solamente cuando se refu-

giaba en los lirios del lánguido cuello ó en los brazos fríos como los de una estatua.

—Venga usted á mi camarote, osó proponerle en una ocasión en que algunos de los pasajeros, demorándose sobre cubierta, iban y venían ó daban vueltas en inacababíes paseos.

—¿Está usted loco? preguntóle con asombro, no colérica.

—Sí, loco del deseo de ver á usted sola; venga usted, repitióle con el arrojo de un cobarde á quien ciega el miedo.

Tumbado en su exigua cama, Abel Morán percibía la trepidación incesante de la hélice, que no conseguía sofocar los latidos de su pecho; escuchaba el tropel de las olas, menos ruidoso que el oleaje de su sangre, y en medio de la densa sombra que lo envolvía, preguntábase si la maligna sirena que lo hechizara se incorporaría de sus almohadas de espumas y arrebujado por tenue manto de algas el cuerpo de tonalidades de perla, desnudos los brazos de frescura de onda, vendría á satisfacer sus ansias.

Vino.

Sentada en el borde del lecho, dejó descubrirse el seno túrgido; permitió que las caricias la tocaran con raudo aleteo ó se posaran en sus contornos, como las gaviotas en la llanura ondulante, y adivinando el sentimiento de orgullo que la movía á cimbrarse, acentuando sus tentadoras curvas, Abel Morán, al mismo tiempo que pulía las manos, las mejillas y el cuello de seda, y el resto todo de apretada roca, recordó que una vez en que hablaban de belleza, Miss Flasher le dijo que era bien poseer una cara

bien delineada, pero que nada sobrepujaba á un hermoso cuerpo.

—Ahora debo irme, interrumpió súbitamente, desatándose del prieto abrazo y desvaneciéndose á la guisa de un sueño.

Así transcurrieron varias noches. El, en agonía de expectación, primero, y en seguida mordiendo ávido los labios pulposos, formando un molde con sus manos á las combas elásticas, envolviéndola con llamas de pasión, punzándola con reproches, ensayando de ablandarla con súplicas, de apiadarla con cuitas, y ella viniendo cuando así le placía, nunca á la misma hora, huyendo cuando lo juzgaba preciso, tantalizándolo con sus truncos abandonos, y siempre dueña de sí misma, impasible como la escultura que el incienso perfuma consumiéndose, como la roca que la onda ciñe desgarrándose.

Una vez ella le dijo:

—Cuando se case usted conmigo.

Al oir aquella frase, proferida con perfecta sangre fría, retenida por quién sabe cuánto tiempo, pensada quizá desde un principio, Abel Morán sintió como si de súbito hubiera caído en el helado océano.

¿Qué?, mientras él era mordido por los áspides venenosos del deseo, ella fraguaba negocios? ¿Qué, en tanto que él buceaba en las más ocultas profundidase de su alma, buscando raras perlas de ternura que ofrecerle, ella elucubraba cálculos?

—Cuando se case usted conmigo, reanudó, expresándose con habla conmovida. Usted es hombre y nada le importa; yo soy mujer y lo perdería todo. Le juro á usted que saldría de

aquí á arrojarme al mar, porque no podría sobrevivir á la vergüenza de encontrarme conmigo á solas. Hasta hoy me he sentido orgullosa de mí misma, y porque me conocen, mis padres me dejan obrar á mi antojo. Usted es abogado y me dejará pelear mi causa.

Abel Morán, á la sazón, no estaba cegado por roja venda de lujuria, y lo reconfortó el recuerdo de su novia, que, aunque deseando, sin duda, casarse, nunca habría osado descubrir su voto, sino lo habría guardado en el pliegue más recóndito de su pecho.

—Es imposible, respondióle, y no más con la humildad de un esclavo, sino arrostrando el enojo de la imperiosa reina. Usted ve, yo no puedo casarme, porque no soy rico; necesito trabajar; no sé si tendré éxito......

—Entonces todo ha acabado, exclamó; yo no vendré más y usted no me busque por ningún motivo.

Y él, que la conocía, en sintiéndola desaparecer, no dudó que todo, en verdad, había acabado.

Desde el día siguiente, en efecto, Miss Flasher, mezclándose con los demás pasajeros, no le dió nunca la oportunidad de encontrarla de solo á solo, y en cuanto á Abel Morán, una vez que se apaciguó su arrebato y que lo enjugó de la fría desilusión la interna lumbre que lo devoraba, encerrado en el estrecho espacio de su camarote, desde donde percibía la sensación pesadillesca del respiro jadeante de la nave y del quejumbroso chapaleteo con que se desgarraban sobre el casco las olas acuitadas, durante la negra eternidad de las noches, apuró hiel y vina-

gre de tristeza y se laceró en punzantes zarzas de despecho, echando de menos otras noches, cuán breves, en que él besaba, mordiéndola, toda la boca de ella, hasta que ambos quedaban sin aliento, y buscaba inútilmente, en derredor el cuerpo de tibia y maciza carne que le dejara imágenes de sensaciones indelebles en sus manos vueltas sensibles como las manos de los ciegos, porque la había acariciado siempre en las tinieblas.

Al principio sentíase invadido por una onda de rencor, al verla tan indiferente, tan distante; entrábanle deseos de denostarla y de contarle á todos los pasajeros sus impudicias de virgen á medias; pero ante su entereza, ante su aspecto en que apenas se advertía un toque de leve palidez, y un cerco obscuro bajo los avasalladores ojos, más altivos que nunca, hubo de trocar sus sentimientos y de admirar, aunque no fuera sino por contraste con la miseria de su quebranto, el temple de aquella mujer, cada una de cuyas fibras era voluntad, y que permaneció inexorable hasta el día de su separación definitiva en Seattle, reprochándole solamente el haber pretendido arrancar de la bestia la oferta, que debe ser acto espontáneo del albedrío, y que la virgen purísima ha de acoger en silencio, bajando la vista y tiñéndose de sonrojos. Tuvo la sinceridad de reconocer que los dos habían ido descaminados, que ambos eran culpables, y que la falta, la de él al menos, si en falta había incurrido, había sido cruelmente expiada con aquellas noches blancas y aquellos días negros pasados en el "Yamato Maru;" con los cálices de desvío que había apura-

do recibiéndolos de las propias manos que antes le brindaran copas de deleite, y con la aguda tristeza que barrenaría á todas horas su corazón hasta el día en que, sentado junto á su novia, que entonces sería su esposa, como á la sombra de un árbol edénico, sintiera frescuras de césped y soplos de aura; oyera píos de pájaros y sonrisas de serafines, y rebosando serena dicha, hundiera sus ojos en soleadas lejanías y celestes purezas.

San Francisco, California, Hospital Alemán, Septiembre de 1910.